



DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE
INVESTIDURA DE DOCTORA *HONORIS CAUSA*
DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

DÑA. ANTONINA RODRIGO GARCÍA

PRESENTADO POR

DÑA. AMELINA CORREA RAMÓN

UNIVERSIDAD DE GRANADA
MMXXII

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE
INVESTIDURA DE DOCTORA *HONORIS CAUSA*
DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA.

DÑA. ANTONINA RODRIGO GARCÍA

UNIVERSIDAD DE GRANADA

MMXXII

© UNIVERSIDAD DE GRANADA
DISCURSOS DEL ACTO DE INVESTIDURA DE LA DOCTORA
HONORIS CAUSA DOÑA ANTONINA RODRIGO GARCÍA
Depósito Legal: GR. 866-2022
Edita: Secretaría General de la Universidad de Granada
Imprime: Gráficas La Madraza

Printed in Spain

Impreso en España

DISCURSO DE PRESENTACIÓN PRONUNCIADO POR
DOÑA AMELINA CORREA RAMÓN
CON MOTIVO DE LA INVESTIDURA COMO
DOCTORA *HONORIS CAUSA*
DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA
DOÑA ANTONINA RODRIGO GARCÍA

Sra. Rectora Magnífica de la
Universidad de Granada.
Excelentísimas e ilustrísimas autoridades
académicas, civiles y militares,
Doctores de la universidad de Granada y
demás miembros de la misma,
Señoras y Señores.

Cuando el pasado mes de noviembre la Sra. Rectora me planteó la idea de ser la Madrina de Antonina Rodrigo García en su nombramiento como Doctora *Honoris Causa* por la Universidad de su ciudad natal, esta Granada de la que, a pesar de llevar tanto tiempo residiendo en Barcelona, siempre ha sentido firmes sus raíces, y que ha sido objeto de tantos estudios suyos, no pude sino sentirme feliz y orgullosa, y muy agradecida, por supuesto, por confiar en mí semejante honor.

Además, reparé en que así, de alguna manera, se cerraba un ciclo que se inició, precisamente en sede universitaria, cuando tuve ocasión de conocerla en abril de 1994, al participar en el Palacio de La Madraza en las “Jornadas Cultura, Mujeres, Re-

pública”, dando yo una ponencia sobre Margarita Xirgu, para la cual -es evidente- me resultaron imprescindibles los muchos y pioneros estudios que Rodrigo había publicado hasta ese momento, y a lo largo de su ya fecunda carrera, acerca de quien es conocida como la inolvidable intérprete de las obras lorquianas, pero cuya significación y alcance van mucho más allá. Y, en unas Jornadas con esta denominación, quién mejor para poner el broche final que la propia autora -cautivando a todo el auditorio que llenaba hasta arriba la hermosa Sala de Caballeros XXIV, que aún conservaba su antigua fisonomía- que nos habló de la protagonista de su entonces último libro publicado, que no era otro que el fundamental *María Lejárraga, una mujer en la sombra* (1992).

En él, una mujer de luz -nuestra próxima Doctora *Honoris Causa*- hacía aflorar a otra mujer de las sombras, y, apenas dos decenios después de la muerte de una casi centenaria María de la O Lejárraga García, certificaba, mediante un impecable y documentadísimo proceso de investigación, que había sido la pluma de quien fuera amiga querida y admirada de Juan Ramón Jiménez o de Manuel de Falla, y a lo largo de décadas de silencio, la que había tejido una extensísima obra, literaria, dramática y periodística que se había publicado con el nombre de su marido, el avisado dramaturgo y promotor cultural Gregorio Martínez Sierra.

Y es que, como bien afirmaba Arturo del Hoyo, uno de los prologuistas de este imprescindible volumen, Antonina Ro-

drigo “no es biógrafa que se contente con remodelar la vida de sus personajes, apoyándose únicamente en el trabajo anterior de otros, sino que, investigadora además de biógrafa, siempre consigue descubrirnos aspectos desconocidos de ellos. Con tenacidad admirable, nunca ha ahorrado esfuerzos ni tiempo en hemerotecas, archivos y bibliotecas o en relacionarse con personas que hayan tenido alguna vinculación significativa con sus biografiados”. De igual modo, reconocía que nuestra investigadora “ha procurado que recordemos cuál ha sido el papel de la mujer en nuestra historia reciente”.

Ese acto de justicia poética se ha multiplicado a lo largo de toda la impresionante y amplísima carrera de Antonina Rodrigo (con más de una treintena de volúmenes en su haber, algunos de los cuales han sido traducidos a varios idiomas y cuyas referencias son localizables en nuestra Biblioteca Universitaria), unida, en su caso, a la inseparable causa de la justicia social que aprendió desde sus primeros años en el barrio del Albaicín, cuando ya sus padres, el manchego Augusto Rodrigo y la granadina Purificación García de Biedma, en ese oscuro y difícil “tiempo de silencio” de la posguerra española, la acostumbraron a ella y al resto de sus hijas e hijos a que, cuando alguna persona necesitada tocaba a la puerta de su casa, además de ofrecerle siempre un plato de comida, todos los miembros de la familia Rodrigo García les cedían gustosos parte de su vestuario, entendiendo así, desde la más temprana edad, la solidaridad en su sentido más puro. Una infancia, transcurrida en su Albaicín natal, y un Ayuntamien-

to que desmintió hace tres años el conocido dicho de “nadie es profeta en su tierra”, al dedicarle a nuestra historiadora en junio de 2019 una placeta entre las castizas Callejón del Gallo y una calle de nombre tan evocador como Ladrón del Agua.

Conviene mencionar, llegados a este punto, que Antonina Rodrigo es académica correspondiente por Barcelona de la Academia de Buenas Letras de Granada desde 2014, que cuenta con la Medalla de Oro al Mérito de la ciudad de Granada en 2015, o con el máximo galardón honorífico de la Generalitat de Cataluña, la Cruz de Sant Jordi, en 2006, y, en nuestra Comunidad, con la Medalla de Andalucía, que le fue otorgada en 2017 con el apoyo de esta Universidad, reconociendo de este modo su trabajo “en la recuperación de la memoria histórica, en la defensa del feminismo y en la lucha por la igualdad”. Pero tampoco se puede olvidar la concesión, nuevamente en su Granada natal y en 2013, del Premio Mariana Pineda a la Igualdad entre Mujeres y Hombres “por su contribución a la construcción de la Historia de las Mujeres en España”, premio merecidísimo por el permanente ejemplo de reivindicación de la igualdad que ha encarnado a lo largo de su dilatada trayectoria, pero muy en especial por llevar el nombre de la “heroína de la libertad” a la que tantas horas de estudio e investigación ha dedicado a lo largo de varias décadas.

Asidua invitada a las actividades congresuales y ciclos de conferencias de nuestra Universidad, y por ser una autoridad indiscutible en este personaje histórico, recientemente

ha hecho donación de una primera parte de su legado a esta institución, con ocasión del cambio de nomenclatura de una de las salas del Palacio de la Madraza, que a partir de este momento ha pasado a denominarse Mariana de Pineda.

Incluso para conmemorar el 150 aniversario de aquel “día tan triste en Granada, / que a las piedras hacía llorar”-como cantaba el célebre romance popular que inspiró incluso a Federico para crear su célebre obra dramática-, cuando la heroica joven fue llevada al cadalso, Antonina Rodrigo compuso en 1981 una curiosas “Aleluyas de Mariana de Pineda”, a semejanza de las tradicionales ‘coplas de ciego’ que durante tanto tiempo sirvieron de noticiero extraoficial en las calles y plazas de toda nuestra geografía, ilustradas en este caso por treinta y seis curiosas viñetas de Luis García Gallo (1907-2001), y que han sido recientemente recuperadas en una primorosa edición.

Reminiscencias lorquianas se encuentran también en otra de sus más importantes distinciones, como es el Premio Pozo de Plata de la Diputación de Granada en el año 2016, coincidiendo con el cuarenta aniversario del primer “5 a las 5”, el homenaje a Lorca celebrado por primera vez en la democracia y en el que fue la única mujer de su comisión organizadora.

Antonina Rodrigo García ha sido galardonada igualmente con numerosos premios nacionales e internacionales, entre los que cabe destacar el Manuel de Falla de periodismo en 1975;

el Académie Européene des Arts en 1988; el Premio Aldaba en 1989; el Premio a la Lealtad Republicana de la Asociación Manuel Azaña de Madrid en 2000; el María Zambrano en 2010; el Premio Seco de Lucena de Periodismo y el Premio Universidad de Sevilla, ambos en 2011; el Premio del Círculo Artístico Literario ‘El Semillero Azul’ de Barcelona en 2012; la Medalla “Resurrección” de la asociación Amics de Ravensbrück en 2017; el Premio internacional Córdoba Ciudad por la Paz-Antonio Gala en 2018 en la categoría de Ensayo, uniéndose aquel año a otro reciente Doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Granada, como es Miguel Ríos, quien fue premiado en la categoría de Música; o la Medalla de la Fundación Internacional Olof Palme en 2020.

Hasta aquí han ido saliendo a relucir algunos de los nombres que protagonizan sus estudios y publicaciones, y que, en realidad, casi pueden considerarse compañeros de vida de Antonina Rodrigo: María Lejárraga, Margarita Xirgu, Mariana de Pineda y, cómo no, García Lorca. Porque, sin duda, ha sido la figura de Federico a la que más tiempo, recursos y páginas ha dedicado a lo largo de su trayectoria, investigando y publicando hasta en una decena de libros aspectos inéditos o poco conocidos de su relación con Salvador Dalí, o de sus viajes y estancias en Cataluña. El primero de ellos en ver la luz fue *García Lorca en Cataluña* (1975); al que siguieron *Lorca-Dalí: una amistad traicionada...* (1981), finalista del prestigioso premio Espejo de España; *García Lorca, el amigo de Cataluña* (1984); *Memoria de Granada: Manuel Ángeles Ortiz y Federico García Lorca* (1984); o *La Huerta de San Vicente y otros paisajes y gentes* (1997), entre otros.

Enlazando, de hecho, en una suerte de perfecta combinatoria triangular el nombre de quien gusta definirse a sí misma como “obrero de la pluma”, con el del genial poeta granadino y su mágica intérprete, se inauguró el Día del Libro del pasado año 2021 una exposición sobre la obra y la figura de Antonina Rodrigo en un espacio tan emblemático como la Casa Bernarda Alba, en la localidad granadina de Valderrubio, con el título de “Antonina Rodrigo, obrero de la pluma”, que sucedió a la inmediatamente anterior titulada “Margarita Xirgu, actriz predilecta de Lorca”, vinculando así, en un mismo espacio de tan profunda raigambre lorquiana, a dos mujeres entrelazadas a lo largo de casi medio siglo, pues nada menos que en 1974 se publicó el primer y reivindicativo estudio de Rodrigo sobre la actriz catalana.

Y si esta inauguración tuvo lugar significativamente el Día del Libro 2021, para alguien cuya entera vida ha transcurrido en la más íntima cercanía -en todos los sentidos- con la letra impresa, ha sido este 2022 cuando Antonina Rodrigo ha ejercido en fecha reciente como pregonera de la Feria del Libro de nuestra ciudad, en un momento especial en que se conmemoraba la efeméride del 40 aniversario de la misma, con motivo del cual nuestra protagonista tuvo a bien evocar cómo ella había asistido en compañía de la poeta Elena Martín Vivaldi, en 1982, a esa primera Feria, que hubo de celebrarse en un lugar tan especial y cargado de historia como el Corral del Carbón:

Fue como una fiesta popular en una recoleta plaza. Los tenderetes de libros, custodiados por paredes tamizadas de yedras,

eran lugar propicio de encuentros de gentes sentadas en el poyo de la pequeña alberca o en sillas de anea. En aquellos días, así nos retrató el célebre fotógrafo Agustí Centelles en compañía de Elena Martín Vivaldi, en la antigua alhóndiga nazarí que fue Casa de Comedias de Granada durante casi todo el siglo XVI, hasta 1593.

Precisamente a otro corral de comedias, el de Almagro, dedicó Antonina Rodrigo uno de sus primeros libros publicados, que data de 1970, demostrando así un temprano interés por el mundo del teatro que siempre la ha atraído en sus diversas facetas. Pero, aunque ha dedicado notabilísimas páginas a nombres señeros como los de Ángel Ganivet, Antonio Machado (en relación con el cual ha estudiado a diversas figuras femeninas imprescindibles para comprender en su integridad el devenir del poeta sevillano y su trágico final), Manuel Ángeles Ortiz o Dalí -estos últimos, en relación con su siempre admirado Federico-, o el más desconocido para el público lego en la materia del Dr. Josep Trueta, el segundo español en recibir el Doctorado Honoris Causa por la Universidad de Oxford, tras Santiago Ramón y Cajal, y al que seguiría Severo Ochoa, los más destacados estudios de Rodrigo son, sin duda, los dedicados a las mujeres. Así, a las ya mencionadas habría que sumar los trabajos monográficos sobre María Antonia la Caramba, María Malla, Amparo Poch y Gascón, Ana María Dalí, Teresa Toral o Federica Montseny.

Hay que destacar igualmente sus libros de protagonismo femenino coral, dedicados a mujeres, a veces conocidas, a veces

olvidadas, que desempeñaron un papel activo que nunca se les ha reconocido en justicia. Mujeres que vivieron la República, los duros años de la Guerra Civil, el exilio o la muerte ignominiosa, que padecieron lacerantes pérdidas familiares, marginación, arduas luchas abocadas al fracaso y, al fin, la desaparición de su nombre, lo que supone una doble muerte. De este modo nos encontramos con volúmenes decisivos, contruidos incluso sobre la base de valiosos testimonios orales recogidos de boca de sus propias protagonistas cuando aún estaban a tiempo de prestarlos, como *Mujeres para la Historia. La España silenciada del siglo XX* (1996), *Mujer y exilio, 1939* (1999), o, volviendo nuevamente la vista hacia su tierra natal, el hermoso y escalofriante homenaje que constituye su *Mujeres granadinas resesaliadas* (2017). Publicaciones todas ellas que la autora encara, sin duda, como un acto de justicia y necesaria reivindicación de tantos nombres silenciados.

Ya la propia María Lejárraga, en el libro que constituye su primer acercamiento a la ciudad natal de quien luego habrá de ser su reivindicativa biógrafa, *Granada. Guía Emocional* (1910), llama a comienzos del siglo XX la atención acerca de la importancia de los miles de nombres que quedan olvidados bajo el peso de unos pocos célebres, cuando afirma que “la verdadera historia, afortunadamente, tiene poco que ver con todo eso. No a la sombra, sino a pesar de los nombres sonoros y de los grandes hechos que la Fama se cuida de aventar a soplo de clarín hacia los cuatro cantones del mundo” (Lejárraga, 172).

Y así, vuelvo ahora, para terminar mi intervención, al nombre casi con el que la inicié, es decir, el de la voz oculta tras la exitosa firma de Gregorio Martínez Sierra, un marido al que quiso, pero al que se sintió paradójicamente atada, ella, que defendió los derechos y las libertades de las mujeres por los caminos de toda España. Porque precisamente se cumple ahora el treinta aniversario de la primera edición de la obra de Antonina Rodrigo, *María Lejárraga, una mujer en la sombra*, encontrándose en prensa una nueva edición con interesantísima documentación adicional que verá la luz en fechas próximas a cargo de la Editorial Universidad de Granada, lo que constituirá, sin duda, una ocasión de júbilo para toda nuestra comunidad universitaria y para el público lector en general.

Y es que, en palabras del poeta Pablo García Baena, la labor de Antonina Rodrigo destaca por “su coherencia con el testimonio de una ética civil y personal, por sus estudios pioneros sobre la igualdad de género y la Memoria Histórica, y por sus valores universales representados por personas relevantes, tanto anónimas como públicamente reconocidas”.

DISCURSO PRONUNCIADO POR LA
EXCELENTÍSIMA SEÑORA
DOÑA ANTONINA RODRIGO GARCÍA
CON MOTIVO DE SU INVESTIDURA COMO
DOCTORA *HONORIS CAUSA*

Sra. Rectora Magnífica de la
Universidad de Granada.
Autoridades Académicas e Institucionales,
Miembros del Claustro de Doctores,
Amigos y Amigas
Señoras y Señores.

Como autora autodidacta, el grado de Doctora Honoris Causa que me concede la Universidad de Granada significa el más alto honor y el mejor reconocimiento a mi actividad y profesión.

Cuando la rectora me anunció esta distinción, pensé que excedía mis méritos, pues me considero una obrera de la pluma. En mi fuero interno, me invadió el desasosiego, es decir, puro miedo a no estar a la altura de quienes reciben esta distinción.

Mis primeros escritos estuvieron dedicados a la poesía y al cuento y fueron publicados en la prensa de entonces en esta ciudad, los diarios *Patria* e *Ideal*. Desde esos tempranos comienzos en Granada, me sentí cautivada por el misterio y la

aventura que contenían los libros. En mi madre y en la escuela de doña Paquita Casares Contreras hallé mis primeras semillas. En tercero de bachillerato estalló mi aventura con la historia, en las clases de don Antonio Domínguez Ortiz, catedrático, en el Instituto Ángel Ganivet, de Geografía e Historia. Aquel casi autodidacta que luego conoció a grandes maestros, aquel investigador por libre al margen de la Universidad, queapuró primero lo que tenía a mano, los archivos de Granada, fue un maestro excepcional, motivador y próximo. Para mí, una niña, fue un encuentro revelador, una verdadera epifanía creativa y de sentido vital. Su sencillez, su entrega al trabajo, la voluntad de ser accesible, su cercanía, su interés por mis inquietudes y mis primeros escritos, iniciaron una relación continuada, que llegó hasta el fin de sus días. Hoy continuamos esa relación de maestro y discípula, compartiendo este Claustro de doctores con él, que ya fue nombrado con anterioridad Doctor Honoris Causa.

Mi primer libro estuvo dedicado al teatro infantil. Quise hacer un estudio sobre la mujer en la historia de Granada. Descubría monjas escritoras. Creo que la mujer, íntimamente, siempre ha escrito como una forma de defensa, reacción, de salvación, de autoestima y crecimiento personal. No todas las monjas profesaban en los conventos por propia voluntad. Los padres y los maridos las encerraban de por vida por causas de herencia, de celos y toda clase de turbios sentimientos y ambiciones. Eran puros secuestros, que la iglesia y las leyes apoyaban. Fuera de aquella oscuridad, refulgía un personaje lleno de luz: Mariana de Pineda, única mujer que tenía una estatua en Granada.

De chica la había conocido como personaje de una canción popular:

*¡Oh, qué día tan triste en Granada
que a las piedras hacía llorar
al ver que Marianita se muere
en cadalso por no declarar!*

La historia de Mariana es la mujer que lucha en la sombra, frente al poder, por un ideal, hasta dar la vida por él. El suyo fue el compromiso de una mujer revolucionaria contra la tiranía absolutista de Fernando VII. Hoy nos sigue guiando, desde el pedestal de su estatua, como icono de libertad y defensa de los derechos civiles.

Durante los años que duró mi investigación, me quedé prendida y prendada de su ética y de su valentía: ejecutada por no declarar los nombres de sus compañeros de causa, rechazando el indulto que le ofrecían a cambio de la delación.

Mariana es una figura con la que crecí. Representa un papel activo en mi toma de conciencia. La suya fue mi primera biografía, que apareció en 1965 en la editorial Alfaguara. Fue el primer libro de la colección titulada *Los que no murieron en la cama*, personajes de muerte airada, como Mariano José de Larra: *Anatomía de un dandy*, de Francisco Umbral; y *El cura Merino*, de Héctor Vázquez Azpiri. Desde entonces me dediqué a los estudios biográficos sobre la mujer, aunque he investigado también sobre hombres que me han interesado, por su activi-

dad durante la República, la guerra y el exilio: Ángel Ganivet, Manuel Ángeles Ortiz, Antonio Machado, Miguel Hernández, Josep Trueta, Salvador Dalí, Luis García Gallo... A mí me importa ante todo el ser humano.

Como granadina, uno de mis amores es Federico García Lorca. Durante mucho tiempo fue un rumor apagado. Era materia represiva hablar públicamente de él. Sus libros estaban prohibidos. En Granada hubo miles de Federicos: su propio cuñado Manuel Fernández Montesinos, alcalde de Granada; albañiles, maestros, carpinteros, profesores, incluso Salvador Vila, rector de esta Universidad; y mujeres comprometidas y valientes, bordadoras, modistas, jornaleras, intelectuales, amas de casa... corrieron la misma suerte. Se habla de los hombres fusilados, pero hubo miles de mujeres asesinadas en cunetas, tapias de cementerios y enterradas en fosas comunes, sin olvidar a todas aquellas que, como viudas, madres, hermanas o hijas de hombres ejecutados, vivieron las traumáticas condiciones del exilio interior: hambre, humillaciones y segregaciones del régimen de los sublevados.

Mi dedicación al papel de la mujer, en su lucha por la emancipación, surgió al conocer la trayectoria de secular desigualdad que, en todos los órdenes, arrastraba a través de la Historia, y en tiempos de mi juventud, muy agudizada en la Granada de postguerra, aquella en que se fue diluyendo con crueldad la sobresaliente ginecóloga y cirujana Eudoxia Píriz, la primera doctora licenciada en Granada, que tanto podía

haber aportado a la salud de las mujeres granadinas. La escena del hostigamiento sin descanso a Matilde Robles, madre de los hermanos Quero. La ciudad donde el corresponsal norteamericano Jay Allen, en el verano del 36, asistió a la negativa de unas gitanas del Albayzin solicitadas para amenizar el encierro de los turistas americanos e ingleses, alojados en el hotel Washington Irving, con la respuesta de “que no tenían alma para bailar después de ver matar a tanta gente”. El mismo Jay Allen que había publicado ese mismo mes una entrevista con Francisco Franco en Tetuán: “¿Significa esto que tendrá que fusilar a media España?”, y sonriendo le respondió el dictador: “He dicho a cualquier precio.”

Desde un principio tuve muy claro que, si la mujer no investigaba su pasado, nadie lo iba a hacer por ella. Era urgente recuperar y reivindicar su memoria diseminada: Margarita Xirgu, María Lejárraga, Federica Montseny, Victoria Kent, Antonia Mercé, Margarita Nelken, Matea Monedero, Zenobia Camprubí, Clara Campoamor, Magda Donato, Sara Berenguer, Rosa Laviña, María de Maeztu, Amparo Poch, María Casares, Isabel Oyarzábal, M.^a Teresa Toral, Constanza Martínez Prieto, Enriqueta Otero, María Zambrano, Manuela Ballester, María Luz Morales, Aurora Arnáiz, Rosario Sánchez Mora, o las granadinas Paquita Casares, Rosario Fregenal, Matilde Robles, Trinidad Capeli Laraño y sus hijas; Matilde Cantos, Maruja Ruiz... Por fortuna, hoy la lucha de la mujer, su resistencia y su compromiso es estudiada en ensayos exhaustivos por investigadores/as e Institutos de Investigación sobre las Mujeres, como el de la Universidad de Granada.

Me interesó pronto desterrar los falsos criterios sobre la mujer y descubrir esa legión de marginadas que, a través de los tiempos, bajo una opresión política o social, trabajaron, estudiaron, escribieron, crearon arte, anularon la prohibición, en 1837, de la entrada de la mujer a la Biblioteca Nacional, como lectora o investigadora, ella fue Antonia Gutiérrez Bueno, autora de un *Diccionario histórico y biográfico de mujeres célebres*, en 1835.

Mujeres que lucharon en silencio, porque les estaba prohibido manifestar cualquier inquietud intelectual, incluso social, especialmente, la mujer trabajadora. Su esfuerzo por ordenar las labores caseras, armonizando la atención a su familia con extenuantes jornadas en fábricas y talleres, en el campo, hasta en la mina. Las tejedoras, las cigarreras, las cuadrillas de obreras que descargaban en los puertos y muelles el carbón o el pescado, y que luego, cuando los hombres regresaban de faenar en la mar, los ayudaban en el arrastre de la pesca que después ellas mismas vendían por calles y plazas, transportándola en cestos y carpanchos sobre el rueño, en sus cabezas. Sin olvidar los continuos partos. La juventud de estas mujeres era flor de un día. Vemos sus fotografías y parecen viejas, cansadas, con sonrisas tristes, sin poder cuidar debidamente a sus hijos, que se les morían sin asistencia alguna y, todavía las había que militaban en los sindicatos obreros como el Sindicato de la Aguja que agrupaba las reivindicaciones de las bordadoras, modistas, sastras, que serían brutalmente represaliadas por los vencedores.

La represión del franquismo impuso un silencio impune a las generaciones siguientes, si acaso sonaban nombres punteros como los de Federica Montseny, Dolores Ibárruri, Margarita Nelken. Mujeres como María Teresa León los jóvenes no sabían quién era; si acaso, la mujer de Rafael Alberti, pero su personalidad de escritora y miliciana no la conocían. Si ellas, con su enorme dimensión pública, permanecieron ausentes de la historia, la labor de las líderes obreras quedó sumergida. Por ejemplo, la *Federación de Mujeres Libres* y sus fundadoras, Lucía Sánchez Saornil, Mercedes Comaposada, la doctora y escritora Amparo Poch y Gascón, Lola Iturbe, obrera autodidacta que fue corresponsal del periódico *Tierra y Libertad* en el frente de Aragón.

Durante la postguerra, cuando se hablaba de estos personajes en las escuelas, si es que se llegaba a hablar, nos pintaban sus imágenes distorsionadas. Para los franquistas, las mujeres republicanas que lucharon en la guerra tenían mala reputación. Sobre todo, la que fue ministra de la II República Federica Montseny, y Dolores Ibárruri. Ya durante la guerra, la propaganda franquista decía que *Pasionaria* se comía a los niños y que a los curas les sacaba los ojos por la noche con una cuchara. En mis entrevistas con mujeres exiliadas en Francia, me contaron que, como a los republicanos los llamaban rojos, los niños franceses, al verlos por la calle, creían que eran pieles rojas. Les decían a sus madres: “*Maman, ils ne sont pas rouges*”. Yo misma creí durante un tiempo que Federica Montseny era una torera, porque mi madre me dijo que era una mujer

que llenaba las plazas de toros. Y claro, yo, niña andaluza, creía que era una torera. Hasta que un día, una compañera me dijo que Federica era una *demonia*, con cuernos, rabo y todo. Aquello me descolocó al personaje, y le pregunté a mi madre que, además de torera, era una *demonia*. Mi madre me advirtió, que no me lo creyera, Federica llenaba las plazas de toros hablando a la gente humilde de justicia y libertad para el mundo del trabajo. Cautelosa, me sugirió que no dijese nada a mi compañera, ni a nadie.

La represión fue tan dura que el miedo se alió con el silencio. Para lavar su imagen de sospechas, para poder sobrevivir. También para no volverse locos. Hasta el punto ocurrió que, en muchas familias de represaliados, los hijos no llegaron a conocer el compromiso político de sus padres. Tampoco la represión de la que fueron víctimas. La dominación por el terror fue el pacto de silencio que impuso una represión feroz que duró cuarenta largos años. La dictadura paralizó sus vidas y cercenó el desarrollo de nuestra sociedad. Les quitaron a sus hijos, que eran entregados en adopción a familias adictas al régimen. Les robaron juventud, proyectos de futuro, llenando sus vidas de dolor al arrebatarse para siempre a sus seres queridos. En muchos casos tuvieron que disimular y maquillar su pasado, sometidos a los designios de la dictadura. Hemerotecas y archivos fueron clausurados; las bibliotecas se vieron castradas de todos aquellos fondos que juzgaban contrarios a los valores impuestos del nuevo régimen.

El encuentro con las gentes del exilio, fue revelador: conocí el origen de su lucha por un mundo más justo, en lo social y lo cultural. Me mostraban otra visión de nuestra historia, diferente de la que se enseñaba en escuelas y púlpitos. Por qué se habían marchado, por qué resistieron un exilio lleno de nostalgia. La sinrazón de vivir precariamente en países con otra cultura. Lamentaban la separación de los suyos y de sus lugares, el tiempo perdido para la superación personal. El daño irreparable, al quedar España marginada del proceso histórico progresista iniciado por la II República, tras siglos de monarquías que vivían en otro tiempo. Pero, ante todo, la salvaje represión y ejecuciones, que duraron hasta el mismo año de la muerte del dictador. Sus recuerdos idealizados, detenidos en el tiempo. Sus visiones se basaban en realidades históricas. María Casares, la gran actriz trágica galaico-francesa, me contó en Colliure, durante un acto dedicado a Antonio Machado, su sorpresa de adolescente, cuando llegó a París, exiliada en 1936. El retroceso que supuso para ella la enseñanza francesa, al tener que adaptarse a métodos tradicionales, memorísticos, separación en clases por sexo, algo ya superado en nuestro país, con el extraordinario sistema pedagógico del instituto-escuela, de la Institución Libre de Enseñanza.

Después de la influencia de Mariana de Pineda, en mi adolescencia y primera juventud, ellas y ellos fueron mi universidad en el terreno social y sentimental. Porque esos personajes actuaron en circunstancias muy concretas, desde cargos y posiciones plurales y contribuyeron, en plena guerra, al progreso de la medicina, como fue el caso del doctor Josep Trueta, con

su descubrimiento de la doble circulación renal y el método para salvar de la gangrena a los accidentados en el trabajo y a los combatientes en las trincheras. Cuando yo escribía su libro, me extrañaba que en Cataluña mucha gente desconociera su aportación. Tan decisiva resultó su contribución, que no solo fue revolucionaria en nuestra guerra, sino que su método fue útil y lo emplearon en la Segunda Guerra Mundial, y los americanos en la guerra de Corea. En Oxford su personalidad era públicamente reconocida, mientras que aquí era considerado como un rojo separatista y condenado al ostracismo intelectual. Otro investigador de talla universal fue Federico Duran y Jordá, que hizo posible, en nuestra guerra, las transfusiones de sangre a distancia -antes, al donante había que acostarlo junto al soldado-. Imagínense esto en un frente de guerra.

No me es fácil establecer prioridades ni entrar a comparar. Desde su posición, cada cual eligió el riesgo y lo asumió a sabiendas de su implicación. No todas las mujeres hicieron frente al fascismo por el hecho de estar comprometidas. La gran mayoría no habían estado implicadas en temas sindicales o políticos, pero adoptaron la posición de sus hijos, padres, hermanos, compañeros. Igual pasó cuando salieron al exilio. Ellas creían: “Si mi hijo se va, donde él esté, es mi lugar. Si él lucha por unas ideas -que quizá ellas no tenían muy claras-, yo estoy a su lado”. Muchas de ellas eran mayores, pero fueron capaces de arrostrarlo todo por amor a los suyos. En esa elección reside la magnitud de amor que puede generar el ser humano, y, sobre todo, la mujer.

Una de mis grandes sorpresas fue conocer a Adelita del Campo. Esta mujer era la voz de *¡Aquí Radio París!* Una voz mítica durante el franquismo. Noche tras noche, a las once en punto, su saludo irrumpía en muchos hogares españoles. Escuchar *Radio París* bajo la dictadura era un acto subversivo, con el riesgo de ser denunciado por cualquiera. Su voz y la de Julián Antonio Ramírez, su compañero, desgarraban las densas tinieblas del oscuro silencio informativo impuesto al país. *El Correo del Oyente* de Adelita mantenía viva la esperanza de aquellos radioyentes furtivos que, en silencio, desafiaban el peligro cada noche por la necesidad y el legítimo derecho a ser informados sobre lo que pasaba en España.

Otra mujer inolvidable fue Teófila Madroñal, a quien tuve el privilegio de conocer con motivo de diferentes conferencias sobre García Lorca y la actriz Margarita Xirgu impartidas en Uruguay y otros países de Sudamérica. A la vez, aprovechaba mi paso para recoger testimonios de mujeres exiliadas. Cuando me invitaban a la radio o a la televisión, dejaba el teléfono del lugar donde me alojaba para que se pusiesen en contacto conmigo.

Un día, en Montevideo, al acabar el programa en la televisión uruguaya, alguien me pasó una nota de una profesora, que me pedía que no me fuese de la ciudad sin hablar con Teófila Madroñal, una exiliada luchadora que estaba en fase terminal en un hospital. Cuando llegué ya la habían trasladado a su casa. Me encontré ante una mujer moribunda. Al ver su estado le dije que podíamos vernos otro día. Ella sabía que no habría otro

día. Me senté al borde de su cama y, como si me hubiese estado esperando, empezó a contarme su vida. Sus recuerdos fluían nítidos, muy frescos, como de no haberlos borrado nunca. Su testimonio era apasionante de aventura y lucha asumida conscientemente. Había tenido una infancia dura y analfabeta. Se casó con uno de los primeros comunistas de España, que murió en la guerra, luchando en el frente, él fue su gran amor. En los primeros tiempos de miliciana resultó herida, y su voluntad de servicio la llevó a hacer cursillos de enfermera. Acabó la guerra en Sanidad, como sargento de Milicias Populares. Antes de llegar a Uruguay, su exilio la llevó a diversos países. Regentaba el modesto hotel *Basconia*, donde albergaba generosamente a gente sin recursos, como lo haría con los obreros de la llamada *marcha de los cañeros de la Bella Unión*, contraviniendo la orden del Gobierno a la población civil de no prestarles auxilio. Aquel grito de Teófila a los manifestantes, concentrados en la grandiosa plaza de la Libertad: “Las mujeres y los niños a mi casa y sopa caliente para todos”, fue un desafío que pagó con la tortura, al ser acusada de complicidad con el movimiento Tupamaro. Teófila, al final de su relato se transformó y, con gran naturalidad, me entonó las canciones que fueron divisa en nuestra guerra, con letras alusivas a las batallas y a sus líderes. Y como ofrenda y seña de identidad me dejó su carnet del Quinto Regimiento de Milicias Populares, del batallón Leningrado. La trayectoria de aquella mujer, que no tardó en morir, me hizo recordar los versos de Walt Whitman: “*Los infinitos héroes desconocidos valen tanto como los mayores héroes de la Historia.*”

Con la proclamación de la II República, en abril de 1931, se había iniciado un gran despliegue cultural, en el que se integraba el proceso de liberación de la mujer. Respaldada por la legislación aprobada en las Cortes, propició la apertura y el acceso a altos cargos de la Administración y a otros ámbitos hasta entonces vedados a las mujeres, con la posibilidad de ejercer disciplinas que por tradición eran realizadas por los hombres.

Así, que la mujer española, antes incluso de que consiguiera el voto, tuvo por primera vez representación en el Parlamento: Victoria Kent, Clara Campoamor, Margarita Nelken. La II República implantó para todos, y especialmente para la mujer, los fundamentos básicos de una democracia: la igualdad legal, en el terreno intelectual y en el laboral, la libre disposición de sus bienes, el derecho al divorcio, la legalización del aborto asistido, la investigación de la paternidad. El artículo 34 de su Constitución disponía que: “los ciudadanos de uno y otro sexo, mayores de veintitrés años, tendrán los mismos derechos electorales, conforme determinen las leyes”. El artículo 43 establecía la igualdad de derechos en el matrimonio para ambos cónyuges, y este podía ser disuelto a petición de uno de los dos. Naturalmente, de la noche a la mañana no podía cambiar la mentalidad de un país donde era secular el poder del patriarcado a la vez que la sumisión, alienación y servidumbre de la mujer. Pero por primera vez en la Historia de España, la mujer alcanzaba ante la ley su mayoría política de edad. La Constitución progresista de la II República las emancipó. Luego, el franquismo, con su feroz represión y su

liturgia retrógrada, con evidente paralelismo al nacionalsocialismo alemán, derogaría esas leyes que permitieron crecer a la mujer hasta alcanzar la libre estatura de persona y ciudadana. Se derogó la ley del divorcio, se penalizó el aborto y se restablecía el delito de adulterio. La mujer volvió *a lo suyo*, al hogar, a los hijos y, como esposa, a complacer el descanso del guerrero, que engendraría los hijos que Dios quisiera. Además, a la mujer casada se le cerraron las puertas del mercado laboral y se depuró exhaustivamente a maestras y profesoras para ejercer el control de la sociedad, suprimiendo los valores de igualdad y libertad que la II República había impulsado con la educación y la cultura.

El ostracismo con que la España vencedora fulminó un tiempo tan fecundo, ha sido para mí motivo de profunda reflexión e investigación. Tanto protagonismo e influencia con relación a un pasado reciente, quedó silenciado, como algo que había que sumir en el olvido por imposición gubernativa. En algún caso llegaron a borrar de los títulos de crédito el nombre de la actriz que había protagonizado la película. Sus nombres se condenaban al silencio, como sinónimos de conductas escandalosas y disolventes para una España que surgía de una insurrección militar contra el estado de derecho legítimo de la República proclamada por el pueblo. Desaparecieron las líderes obreras, las militantes de base que, desde sus sindicatos, talleres, fábricas y ateneos, trataron de acabar con el analfabetismo. Sus luchas les permitieron acceder a las tribunas públicas convertidas en eficaces oradoras a aquellas

técnicas, industriales, químicas, artistas, investigadoras, inmersas en los frentes culturales y profesionales que abrió para la mujer el panorama renovador de la II República.

Puedo afirmar lo que hicieron siempre. Seguir en la brega, mantener sus convicciones políticas, en la clandestinidad o a pecho descubierto. Cuando llegaron los *libertadores* con su retórica medieval la mujer comprendió, en toda su magnitud, lo que suponía haber perdido la guerra. De ahí que volviera a comprometerse en la postguerra, en la clandestinidad solidaria con perseguidos, con encarcelados, con los familiares de los vencidos. También fue destacada su participación en la lucha armada junto a los guerrilleros, tanto en los montes como en las ciudades.

Pero la mujer estaba decidida a continuar manteniendo su compromiso, su espíritu de lucha. Así fue como resistieron en la clandestinidad bajo la dictadura. En el exilio francés, se unieron a la resistencia como un ejército invisible, participando en la lucha contra la Alemania de Hitler en condiciones muy difíciles. Tanto que, en miles de casos, acabaron deportadas a los campos de exterminio nazis. En el de Ravensbrück estuvieron Constanza Martínez y Neus Cátala, entre tantas otras, como nos desveló el libro de Montserrat Roig, *Els catalans als camps nazis* (1977). No es extraño que difundiendo su último documental, muy recientemente, Susana Koska declare que “ante cualquier adversidad, pienso en las mujeres del 36, y puedo con todo.”

Dentro de nuestras fronteras la historia de la resistencia tuvo caracteres heroicos, frente a la cruel represión de los vencedores: terror, persecución, torturas, fusilamientos, el miedo, el hambre, el frío, el desamparo, la humillación y las cabezas rapadas. ¡Lo que fue el hacinamiento en aquellas cárceles! Hay que leer los libros de memorias carcelarias de Tomasa Cuevas, Soledad Real, Juana Doña, Mercedes Núñez, Isabel Ríos..., con los testimonios estremecedores de sus protagonistas. Los desmontes donde aguardan Dióscoro Galindo o Rosario Fregenal y tantos miles, a los que su familia, como cualquiera de las personas que ahora pierden criminalmente a uno de los suyos, desea dar digno descanso, como testimonia el cierre de la última película de Pedro Almodóvar. Hay que conocer el asedio de la Iglesia sobre las presas, como el de Matilde Landa, que la llevó al suicidio, o el de Gerda Leimdörfer -de religión judía, esposa del rector Salvador Vila, que para velar por su hijo tras la ejecución de su marido, tuvo que hacer apostasía de su religión, bautizándose como María de las Angustias; es preciso leer el libro de Mercedes del Amo: *Salvador Vila. El rector fusilado en Viznar*.

Franco afirmó: “*el saldo de la contienda no debe hacerse a la manera liberal con amnistías monstruosas y funestas que son más bien engaño que gesto de perdón*”. No obstante, él mismo planificó la más cruenta represión.

Aunque los testimonios personales están a punto de extinción, los archivos cerrados a cal y canto durante tanto tiempo, donde se custodian expedientes que completan esa parte

oral, con toda su carga subjetiva, de las víctimas opositoras al régimen franquista, permiten nuevas vías de investigación. La conjunción de estos dos elementos, además de las hemerotecas, epistolarios, dietarios, suponen las fuentes historiográficas para calibrar una memoria fidedigna de los hechos acontecidos y hacer una construcción integral de la historia que supere el sesgo ideológico con el que se realizó durante la dictadura. Otro elemento importante es levantar el silencio de los testigos que guardaron el secreto de los lugares de fusilamientos. Las fosas comunes claman por la barbarie sepultada durante más de ochenta años, por todos los rincones de nuestro país, como la del Barranco de Víznar -actualmente en proceso de excavación con el máximo rigor científico y multidisciplinar de la Universidad de Granada- que acoge, junto a cientos de hombres y mujeres ejecutados, a Federico García Lorca, al rector Vila, a la boticaria Milagro Almenara, a la teósofa Agustina González -*la zapatera...*

Creo que la dedicación a la labor de búsqueda, todavía escasa, es un acto de gratitud a su magisterio y la reivindicación a su militancia en lucha contra el fascismo, dentro y fuera de España.

Mis investigaciones ha pretendido, durante toda mi carrera profesional, contribuir a nuestra sociedad recuperando la memoria de aquellas personas, protagonistas singulares o anónimas, que tras la Guerra Civil cayeron en un pertinaz olvido; esta incansable búsqueda ha requerido constantemente superar tremendas dificultades para acceder a las más diversas fuentes

historiográficas, aplicando una visión de género, y conseguir con ello la más inestimable satisfacción: dar voz a las víctimas a las que se les arrebató.

El agradecimiento emocionado por el reconocimiento a mi labor, mediante la concesión del grado de Doctora Honoris Causa de la Universidad de Granada.



**UNIVERSIDAD
DE GRANADA**